

CRITERIOS COMUNES DEL TRABAJO SOCIAL EN POBLACIONES

María Teresa Marshall



Al tratar de comprender las experiencias de trabajo poblacional, nos encontramos frente a dos hechos significativos: se constata, por una parte, que existen iniciativas del más diverso tipo: experiencias con mujeres, en salud mental, talleres artesanales, agrupaciones juveniles, comités de vivienda, comités de abastecimiento, equipos de salud, colonias urbanas, comedores populares, grupos de prevención de neurosis, grupos de rehabilitación de alcohólicos y de drogadictos, etc...; y por otro lado, la mayor parte de estas experiencias mantienen una estrecha vinculación con grupos o instituciones externas que colaboran con la reanimación de la organización poblacional desde distintas perspectivas (solidaridad, acompañamiento, asistencia, promoción, educación popular...). Estos dos rasgos parecen particulares del trabajo poblacional porque de hecho no ocurre lo mismo en otros sectores, por ejemplo en lo sindical. Este tipo de vinculación institucional, sin embargo, ha sido algo casi permanente en la trayectoria poblacional. Hay que recordar que el proceso de organización masiva del sector se desarrolla impulsado directamente desde el aparato estatal. Posteriormente fueron los partidos políticos quienes mantuvieron con éste una relación estrecha y directiva, asumiendo el rol de mediadores entre las reivindicaciones por servicios urbanos y el Estado. En la actualidad, quienes mantienen el liderazgo del trabajo poblacional son los grupos de Iglesias y las agencias no-oficiales para el desarrollo, junto al papel todavía preponderante del Estado, especialmente a través de las municipalidades.

Generalmente se ha pretendido establecer diferencias entre unas y otras instituciones no-oficiales, buscando líneas propias o sellos particulares que supuestamente le imprimieran a su trabajo poblacional. Sin embargo, si dejamos al margen el sello institucional o el sello partidario, descubrimos que existe una aproximación al problema poblacional y una propuesta general acerca del carácter del trabajo básicamente similar. Las razones de esta identidad estarían dadas por la trayectoria de las personas que han estado involucradas en las tareas poblacionales; entre éstas encontramos educadores populares, trabajadores sociales, agentes pastorales, animadores sociales, promotores, monitores ... A todos ellos se los puede identificar como un tipo de profesional particular: personas que aparentemente no tendrían una especia

lidad propia; que serían capaces de desarrollar distintos tipos de actividad de acuerdo a las necesidades y posibilidades de cada grupo. Sin embargo esta afirmación parece no ser real, porque estos "no especialistas", de hecho tienen una clara intencionalidad en su quehacer. De partida definen su tarea al servicio de los intereses populares, no representando intereses propios como grupo profesional, lo que hace complejo asociarlos a un determinado "gremio".

En este escrito, lo que pretendemos es justamente rescatar aquellos elementos que permiten dar una cierta identidad a este grupo social que, de acuerdo a las afirmaciones ya planteadas, no se descubre en ellos mismos, sino a través del trabajo, de la acción que ellos impulsan. Pero que, al mismo tiempo, aparece diferenciado internamente por un mundo de diferencias "institucionales" que ocultan y deforman su comunidad básica de criterios.

Si se pregunta cuál es la perspectiva de las experiencias de trabajo poblacional, se concluirá que todas ellas persiguen apoyar a la consecución de un proyecto histórico alternativo(1). En tomo a esta opción, el objeto de estas prácticas de trabajo social, de educación popular o de trabajo solidario se define en relación al desarrollo del movimiento popular; son entendidas como instrumentos, entre otros, para elevar sus niveles de conciencia y organización. En estos términos su aporte específico intenta rescatar, recrear y generar experiencias que puedan, mediante una reflexión crítica sobre ellas, potenciar la práctica de organización del movimiento popular en la perspectiva de ir generando y concretizando un proyecto histórico alternativo.

Si estamos de acuerdo que este es el marco general de referencia de un conjunto de prácticas poblacionales, es necesario precisar algunos criterios que aseguran la coherencia de las experiencias específicas. Estos criterios se encuentran estrechamente articulados entre sí. Constituyen una suerte de unidad que se manifiesta simultáneamente a lo largo del proceso de definición, desarrollo y evaluación de la acción social y educativa.

Entre estos criterios básicos, que han orientado distintas prácticas de trabajo poblacional, resaltamos en primer lugar la opción por un trabajo ligado a las organizaciones propias del sector, es decir un trabajo orgánico. En segundo término una intencionalidad participativa, de tal manera que cada experiencia sea aprendizaje de relaciones democráticas al interior de las organizaciones. Como tercer criterio, que el trabajo sea capaz de generar formas de solución o acciones concretas sobre problemas reales, esto es, que sea un trabajo operativo. Al mismo tiempo, se busca facilitar que los grupos analicen y comprendan la situación en la cual están involucrados en forma crítica e integral. En quinto lugar, la opción porque cada experiencia vaya generando condiciones de la máxima autonomía, evitando caer en formas de dependencia con las instituciones de apoyo. Y por último, la realización de un trabajo sistemático, que permita acumular una experiencia y comunicarla a otros.

---

(1) Al hablar de proyecto histórico alternativo se está haciendo referencia a todas aquellas opciones relativas a la fijación de pilares para la construcción de una utopía social, fruto de un análisis crítico de la sociedad existente; como asimismo, las opciones en materia de conformación de un sujeto histórico capaz de luchar por sus intereses y desarrollar el proyecto que le sirvió de sustentación.



Al mismo tiempo que estas definiciones permiten dar coherencia a la acción, sirven de marco de referencia en materia de método; es decir los encontramos presentes en todas aquellas definiciones generales sobre formas de investigación, planificación, relaciones entre los participantes, formas de evaluación, criterios de continuidad, seguimiento, etc..

La alusión a estos criterios en parte no es nueva. Fueron desarrollados bajo una perspectiva de carácter normativo, en un trabajo sobre planeamiento educativo en sectores rurales (1). Aquí sin embargo se desemboca a ellos a través de un camino inverso. El punto de partida ha sido la discusión de una serie de experiencias de trabajo con grupos poblacionales en los seminarios organizados por SUR y FLACSO durante 1981 (2). De ahí se han rescatado los elementos con los cuales este tipo de trabajo poblacional se identifica, más allá de cada acción, de cada institución o de cada postura ideológica en particular.

1. El primer criterio que orienta la acción se refiere a la importancia que se le atribuye a las organizaciones poblacionales. Prácticamente todas las experiencias (comedores populares, colonias urbanas, talleres, etc.) tienden a conformar o apoyar las organizaciones existentes. Es también un hecho que frente a un modelo político que persigue que los individuos se mantengan aislados, dispersos y disgregados, cualquier intento que busque revertir esta tendencia tiene una clara intencionalidad política. Pero la opción por la organización va más allá; se basa en la convicción que la conformación de un sujeto histórico se desarrolla a través de un trabajo colectivo en torno a una tarea común, donde cada individuo aporta su experiencia y donde colectivamente se adquiere mayores capacidades de pensamiento y de acción, para enfrentar nuevas situaciones a partir de las experiencias personales y colectivas incorporadas con anterioridad.

En función de contribuir al desarrollo del movimiento popular, por lo tanto, se ve indispensable realizar un trabajo relacionado a sus propias organizaciones, lo que es una manera de prever la continuidad de las acciones emprendidas y de acumular una experiencia. Quienes conciben el trabajo en esta perspectiva reconocen que cada acción constituye un germen, que va siendo desarrollado por el conjunto de la organización a lo largo del tiempo.

En aquellos casos donde no ha existido una organización poblacional o donde las personas se han desvinculado de sus organizaciones, la intención ha sido ya sea facilitar su constitución o romper las barreras que impiden la reincorporación a un trabajo de tipo orgánico. Es la orientación que han asumido talleres de salud mental con ex dirigentes que estaban desvinculados de sus propias organizaciones: en estas condiciones el taller se constituye para facilitar la reinserción orgánica en las instancias que cada participante elija.

- 
- (1) M.T.Marshall, R.Droguett y R.Vera, "Estudio de caso para la elaboración de una guía para la participación de la población rural en la planificación de la educación 1° nivel local", Dcto. de Trabajo N° 1, convenio SUR-UNESCO, octubre 1979, Santiago.
- (2) Problemas Urbanos y Trabajo Social (agosto 1981); Evaluación de Proyectos de Acción Social (octubre 1981); Escenario Urbano y experiencias poblacionales, Concepción (noviembre 1981).

II. El segundo criterio se refiere a las formas de participación que establecen las personas, tanto al interior de sus organizaciones como entre éstas y otros grupos externos, ya sean otras organizaciones, instituciones o el resto de la comunidad no organizada. Como principio, se reconoce que la participación es un derecho básico de toda persona, y por tanto de toda comunidad; ésta permite fomentar la cooperación y la igualdad entre los grupos.

Optar por desarrollar la participación al interior de las organizaciones implica un proceso de aprendizaje, sobre todo dentro de una sociedad que ha ido destruyendo todas las instancias colectivas de este tipo. En cuanto a la participación, hoy se reconocen nuevas dimensiones; es el caso de la importancia que hoy se le otorga a las relaciones de las personas entre sí. En esta perspectiva cada experiencia va constituyendo una ocasión de aprendizaje de interrelaciones personales democráticas, es decir, de relaciones de igualdad y mutuo respeto; de reconocimiento de espacios individuales y colectivos de creación y libertad; de trabajos que son fruto de un esfuerzo común de todos los participantes; de roles rotativos que no estereotipan relaciones autoritarias; de ejercicio de la crítica y de la autocrítica; de autocontrol y control colectivo.

Pero a este aprendizaje de la participación se le otorga también un horizonte de más largo plazo, también compartido por los integrantes de grupos y organizaciones poblacionales. En la medida que la elaboración de un proyecto histórico alternativo sea construido con la participación amplia de las organizaciones populares, éste será capaz efectivamente de incorporar las aspiraciones, necesidades y propósitos del movimiento popular; y a la vez, en la medida que se van generando y profundizando nuevas experiencias de participación, éstas van constituyendo un elemento clave en la conformación de un sujeto histórico capaz de luchar por sus intereses y desarrollar su propio proyecto. Es en este proceso de participación que las organizaciones populares se van asumiendo como actores y dirigentes de su propia historia.

Los distintos trabajos que han experimentado formas de aprendizaje de la participación demuestran que no existen normas o fórmulas preestablecidas. La única pauta es que cada comunidad, recogiendo las experiencias de otros grupos, va ensayando su propio camino. Algunos elementos que facilitan el desarrollo de este proceso de aprendizaje están dados, primero, por el conocimiento crítico que tienen los grupos populares con respecto a su propia realidad; segundo, por la forma cómo perciben sus derechos a nivel personal y colectivo; y tercero, por la valoración de su capacidad para actuar y plantear soluciones concretas.

III. Un tercer criterio que está presente en el trabajo poblacional se refiere a la acción que los grupos u organizaciones van emprendiendo en función de los problemas o necesidades detectadas. En este sentido el trabajo no se limita exclusivamente en un proceso reflexivo o de diagnóstico de los problemas concretos que percibe la comunidad; por el contrario, se incorpora la acción como eje central en torno al cual se desarrolla el trabajo. Esta referencia permanente a la acción es considerado como requisito propio de las organizaciones enfrentadas a la exigencia de crear respuestas a las necesidades que les dieron origen. No es nuevo el ejemplo de los grupos que se diluyen al no encontrar soluciones concretas a sus problemas básicos, como es el caso actual de muchos Comités de Vivienda.



Pero también, reconociendo la unidad del comprender y del actuar, las acciones concretas que emprende el grupo adquieren otra dimensión. El desarrollo de una conciencia crítica frente a la realidad no se da al margen de nuevas formas de actuar, que se traducen en transformaciones de la realidad dentro del nivel planteado.

Esta intención "activa" se expresa a lo largo de todo el trabajo en los diferentes métodos y técnicas empleados. Así, quienes optan por una metodología activa en el momento del diagnóstico, incorporan también alternativas de investigación-acción en donde predomina una forma colectiva de aproximarse a la realidad en base a las necesidades sentidas por la comunidad. Este punto de partida implica sucesivamente elaborar respuestas concretas a los problemas iniciales.

Al mismo tiempo, esta opción privilegia formas activas de trabajo grupal, que facilitan una máxima interacción entre los miembros y un aprendizaje en base a las experiencias de los participantes. Por último la referencia a la acción se manifiesta también en los momentos de evaluación, reconociendo los cambios ocurridos en las maneras como las personas del grupo comprenden y actúan en una perspectiva de transformación de la realidad.

En materia de definir las acciones que los grupos van a emprender nos enfrentamos a la disyuntiva de cuales son aquellas actividades que privilegian un desarrollo del grupo en términos de consolidar la organización y elevar los niveles de conciencia, y cuales estarían llevándolo a un estancamiento o retroceso. Al respecto podemos hacer referencia a un proceso de autodiagnóstico realizado por pobladores de la población "La Libertad": se llegó primeramente a definir las principales necesidades de la comunidad y posteriormente, a través de un proceso de discusión por grupos, se determinó sobre cuáles problemas la comunidad emprendería alternativas de solución. A partir de este ejemplo, queremos recalcar la importancia que tiene que las decisiones sobre las acciones que emprenderá el grupo estén en manos de todos los participantes, considerando sus experiencias anteriores, las distintas alternativas propuestas y las opciones que orientan el trabajo.

IV. A nivel de la explicación de los problemas de los grupos populares encontramos otro de los criterios que orientan el trabajo social. Que los grupos busquen interpretaciones globales y críticas a sus problemas, reconociendo causas e interrelaciones, constituye una opción compartida por la mayor parte de experiencias poblacionales. Se rechaza en general que sean los actores externos los que entregan los análisis globales o interpretaciones críticas: por el contrario, se persigue que los mismos grupos lleguen a una apropiación crítica del saber, del entender, del interpretar. Esto se traduce en aprender a manejar una metodología de obtención de información y de análisis de ella.

Como la mayoría de las experiencias de trabajo poblacional se desarrollan dentro de un espacio reducido, está presente el desafío de establecer mecanismos de contacto y comunicación con otros grupos, de manera de alcanzar una percepción más global de la realidad. En esta misma línea se inscribe la preocupación por la recuperación de la historia de un pueblo, como un rescate de la memoria colectiva que, partiendo de necesidades y problemas del presente, contribuya a clarificarlos en una perspectiva más amplia. Así, la intercomuni-

cación con otros que enfrentan una situación similar y la apropiación del pasado son elementos que contribuyen a un análisis crítico de la realidad.

Esta opción es de partida opuesta a los intereses de la dominación autoritaria que persigue la aceptación acrítica del discurso e información oficial y la sumisión ante hechos consumados. Por el contrario, esta forma de trabajo fomenta el cuestionamiento frente a los problemas, hechos o informaciones oficiales.

V. El quinto criterio se refiere al problema de la autonomía. Muchas experiencias de trabajo poblacional han estado enmarcadas en la perspectiva de generar condiciones para la autonomía del movimiento popular -como asimismo de cada uno de sus participantes-: sin embargo esta línea constituye actualmente uno de los desafíos más importantes del trabajo con sectores poblacionales.

La opción por una práctica que vaya generando condiciones de autonomía, parte del reconocimiento de la capacidad de los grupos populares para asumir por sí mismos su proceso de liberación. Quienes se inscriben en esta perspectiva de trabajo (talleres de mujeres, equipos de salud, bibliotecas populares, agrupaciones culturales, etc.) reconocen que la adquisición de nuevas capacidades de acción y pensamiento para enfrentar nuevas situaciones parten de las experiencias personales y colectivas previas: son aquellas prácticas que asumen el quehacer como un aprender a pensar, un aprender a actuar, un aprender a crear; y no un memorizar cómo otros han pensado, actuado, trabajado y creado por el movimiento popular.

Todas las experiencias de autonomía van creando condiciones de ruptura con las formas de dominación. El movimiento popular, y especialmente los grupos de pobladores, han estado sometidos a distintos tipos de dominación -desde los gobiernos y grupos dominantes hasta otras, como las de partidos políticos y grupos de Iglesias-. Por lo tanto al hablar de autonomía se busca una ruptura con los lazos de dependencia que impiden un desarrollo propio del movimiento popular en base a sus necesidades y aspiraciones.

VI. Una última definición que imprime cierta singularidad al trabajo social poblacional se refiere al problema de la sistematización. Es decir, como se asegura una secuencia, un seguimiento, un orden dentro de una experiencia colectiva. Por lo general las experiencias de trabajo poblacional tienen una duración no determinada, donde el trabajo se va acumulando, revisando, replanteando, pero su secuencia muchas veces no está clara para los participantes como tampoco para los actores externos. La exigencia de un trabajo de sistematización responde a necesidades de los actores externos en términos de poder intercambiar experiencias con otros, y de poder generalizar resultados a partir de experiencias concretas. Pero a la vez, es fundamental incorporar un criterio de sistematicidad en el desarrollo mismo del trabajo, porque interesa que cada grupo pueda valorar su propia experiencia, reconociendo el punto de partida, la estrategia y acciones emprendidas, así como los resultados obtenidos. De esta forma es el colectivo el que acumula experiencias, va comprendiendo el sentido de sus acciones y adquiriendo herramientas ya sea para planificar, realizar autocríticas, tomar decisiones, compartir con otros, etc..



Hay un gran número de experiencias poblacionales que no se identifican como un determinado proyecto, es decir, no reconocen explícitamente puntos de partida ni estrategias de acción, como tampoco resultados concretos. Pero en la medida que se inicia un proceso de reflexión en torno a esas prácticas se revela que sí existe un problema concreto común que se está abordando, que también hay una determinada manera común de enfrentar la acción y la reflexión, y que hay logros y resultados que son en gran medida, también, de todos. Esta reconstrucción de experiencias es indispensable en la perspectiva de comunicar y mejorar la calidad de las prácticas.

Alrededor de los planteamientos que hemos resaltado se ha generado ya un cierto consenso. Al margen de la inserción en distintas instituciones y agencias y de las diferentes posiciones ideológicas, se ha venido conformando un colectivo de trabajadores o animadores sociales en torno a las líneas de trabajo señaladas. Este grupo social comparte una trayectoria, un norte común frente al trabajo y, a la vez, un conjunto de interrogantes producto de su misma práctica.

Muchas de las interrogantes se refieren a las relaciones de las prácticas sociales específicas con las prácticas de producción de conocimiento científico; otras tiene que ver con problemas de métodos y técnicas más rigurosas para el trabajo poblacional; y, otras circulan en torno a la relación entre estas prácticas de trabajo, animación y educación social en poblaciones y el quehacer político orgánico y su rol hoy día. Nuestra percepción es que frente a la preocupación por la relación entre las prácticas poblacionales y las ciencias sociales se van generando paulatinamente instancias de debate e intercambio. Sin dejar de reconocer que una parte de las tareas de investigación científica se desarrolla por grupos que se mantienen desvinculados del movimiento popular, es evidente que al menos en las temáticas que afectan a los grupos populares urbanos se va produciendo una mediación y un intercambio permanente en búsqueda de la validación de las proposiciones y resultados del trabajo más académico. En general, existe también una preocupación por experimentar nuevos métodos y técnicas de trabajo: aunque se han dado algunos pasos en este sentido, es evidente que persisten vacíos, producto básicamente de las exigencias de una práctica demasiado absorbente, que va impidiendo detenerse a revisar, replantear o innovar formas de trabajo. Por último, en la discusión entre trabajo social poblacional y actividad político-orgánica tiende a abrirse una brecha. Uno de los motivos es que quienes están actualmente presentes en el trabajo poblacional han ido construyendo una concepción distinta a la tradicional del trabajo político. En el pasado (y a veces también en el presente) el trabajo de organización, concientización, movilización, se concebía desde una visión verticalista, organicista y rígida, donde el fruto de las experiencias de trabajo poblacional debía arrojar una determinada producción de "cuadros" militantes o de apoyo electoral. La búsqueda actual de una redefinición del trabajo político con sectores poblacionales parte de una evaluación negativa de los resultados obtenidos de tal tipo de práctica política: un distanciamiento cada vez mayor entre pobladores y militantes, dificultad para que éstos se involucren en las tareas cotidianas, dificultad para masificar el trabajo, etc... Pero, a la vez, esta redefinición es producto de la puesta en marcha de experiencias que buscan un desarrollo de las organizaciones donde predominen las relaciones participativas y democráticas, la reflexión crítica, las soluciones operativas que involucren a un número cada vez más am-

plio de pobladores y donde se generen condiciones de autonomía del movimiento popular. Así, la ruptura con una forma tradicional del quehacer político en los sectores poblacionales va unida a la construcción de un camino diferente con el que hoy se identifican muchos de quienes trabajan por la reconstrucción de un movimiento popular capaz de levantar su propio proyecto histórico alternativo.

El hecho que hoy este trabajo esté sustentado por un amplio grupo (colectivo) compuesto por trabajadores sociales, educadores populares, animadores, cientistas sociales, agentes pastorales, etc. permite prever un mayor intercambio y la posibilidad de ir rescatando y generando nuevas experiencias. Al mismo tiempo, encierra el riesgo de que se "gremialice" una perspectiva más amplia.

Diciembre 1981

La importancia y vitalidad que han tenido históricamente nuestros movimientos estudiantiles resulta a menudo desconcertante. En determinadas ocasiones, los estudiantes han tenido una capacidad de cuestionamiento de la sociedad y un afán de renovación cultural, social y política que es difícil encontrar en otros movimientos, incluso dentro del propio movimiento obrero. Éste ha sido el caso, principalmente, de los movimientos estudiantiles originarios (premarxistas), por ejemplo, el movimiento del veinte, cuyo desafío al orden oligárquico hizo época, los movimientos reformistas del veintidos y veintiseis que intentaron realizar entusiastamente la reforma universitaria o el movimiento estudiantil que participó en la caída de Ibañez, cuya crítica al militarismo tuvo importancia nacional.

Históricamente, estos movimientos estudiantiles se constituyeron a través del propósito de reforma universitaria siguiendo la tradición que levantaron los estudiantes cordobeses del 18 (1). La lucha de los estudiantes de Córdoba contra las burocracias académicas (clericales más encima) expresaron muy claramente las demandas de una nueva generación por convertirse en una fuerza social y política autónoma. La insurgencia estudiantil de esos años fue organizada en torno a una concepción celosamente independiente y, muchas veces vanguardista, acerca del papel de la juventud en el cambio social. La juventud universitaria llegó a autoasignarse una misión histórica de alcance continental, expresada en la famosa frase del Manifiesto de Córdoba: "estamos viviendo una hora americana".

Todos estos movimientos estudiantiles convergieron en la exaltación de la juventud como fuerza renovadora. "La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse" declaraban los estudiantes de Córdoba. La FECH de los años veinte con

---

(1) Programa de Córdoba continene 4 demandas: autonomía universitaria, asistencia y docencia libre, participación estudiantil en los organismos directivos y extensión universitaria.



fiesa que tratará de realizar sus aspiraciones "independientemente de toda influencia extraña" y adopta, consecuentemente, una actitud firmemente autonomista. Aún diez años después, tras la caída de Ibañez en 1931, la Federación declara para escándalo de muchos que "siempre los estudiantes han sido los impulsores de las revoluciones en los distintos países de la tierra; siempre ha partido de ellos el primer grito de rebelión y, sin embargo, por lo general se han visto defraudados, porque de sus sacrificios y sus múltiples esfuerzos se han aprovechado fuerzas audaces" (1).

Este temperamento de los movimientos estudiantiles del veinte, no obstante, comenzó a ser fuertemente combatido y finalmente aniquilado, a partir de la introducción del marxismo en la lucha estudiantil a comienzos de los años treinta. La tradición marxista ortodoxa ha entendido a los estudiantes de una manera radicalmente diferente.

Las concepciones más usuales, difundidas muy firmemente en nuestra izquierda hasta hoy, definen a los estudiantes por su origen de clase (pequeño-burgués), o bien, por la edad (jóvenes) que apunta a destacar el carácter ambiguo de los intereses de clases de los estudiantes, y por lo tanto, el potencial de desclasamiento que existe naturalmente entre ellos.

El principal resultado de este reduccionismo de clase fue el encuadre de los movimientos estudiantiles dentro de la política de los llamados partidos proletarios. Históricamente, el proceso de marxistización de los estudiantes comienza a producirse a partir de la crítica de la reforma universitaria. Hacia finales de la década del veinte, el fracaso de los procesos de reforma universitaria en América Latina era más o menos evidente. En nuestro país, el ciclo de la reforma parecía cerrarse con el fracaso del movimiento reformista del 26, con la frustración de la reforma educacional de Ibañez, entusiastamente promovida por la Asociación General de Profesores, hacia finales del 28 y con el postrer fracaso del proyecto de reforma universitaria, redactado con el concurso estudiantil a comienzos del 32. En su lugar, se abría la crisis capitalista, provocando enormes tensiones sociales que aparentemente reactivaban la promesa marxista acerca del derrumbe definitivo del capitalismo.

El atractivo ideológico de la revolución proletaria (al modo bolchevique) desplaza el interés por la reforma universitaria. La insurgencia estudiantil reformista de los años veinte (a pesar de haber buscado explícitamente la alianza con los movimientos obreros) comienza a ser severamente enjuiciada, como un movimiento que obedeció "legítimamente a los intereses de la pequeña burguesía industrial y agrícola en desarrollo". En los periódicos estudiantiles de la época, la crítica de la reforma es frecuentemente lapidaria. "Si el elemento estudiantil de América se coloca en una posición reformista, ésta no podrá ser otra que en completo acuerdo con los intereses de la clase dominante, de la gran burguesía industrial, y por lo tanto del imperialismo; en otro caso caerían bajo la influencia de los obreros y campesinos, y esto es tan di-

---

(1) Declaración FECH, agosto 1931.